



LOS ANTIGUOS MEXICANOS A TRAVÉS DE SUS CRÓNICAS Y CANTARES¹

Miguel León-Portilla *in memoriam*

Querer formarse una imagen de todo lo que existe es afán heredado de los griegos. Porque nada más bello ni más placentero para los sabios helenos que el arte de saber contemplar.

Por afortunada coincidencia, los herederos de su cultura – de manera especial los europeos renacentistas– iban a tener ante sus ojos, al finalizar el siglo XV, nada menos que un Nuevo Mundo pletórico de sorpresas. Primero fueron las Antillas, que Colón pensó eran parte de las Indias. Después, la Tierra Firme, con ríos inmensos en cuya desembocadura se formaban golfos de agua dulce y por fin, el descubrimiento de otro océano, más allá del continente. Pero si todas “esas cosas naturales” del Nuevo Mundo causaban asombro, “las cosas humanas” despertaban todavía mayor interés y admiración.

La presencia de nativos en las islas y Tierra Firme, en su mayoría semidesnudos, que practicaban extraños ritos y vivían en pobres chozas, hizo pensar a los descubridores que estas partes del Nuevo Mundo habían existido hasta entonces enteramente desprovistas de cultura. Sin embargo, una nueva sorpresa aguardaba a quienes iban a penetrar al interior del continente. Los conquistadores que se adentraron en ese mundo que tenían por bárbaro, contemplaron dos “a manera de imperios” de pujanza cultural no sospechada. Eran precisamente las dos grandes zonas nucleares, asiento de culturas superiores, dotadas de fisonomía propia. En la parte sur del continente florecía la cultura Incaica del altiplano del Perú, y en lo que hoy es la nación mexicana existían las antiguas civilizaciones creadoras de la grandeza maya, mixteco-zapoteca de Oaxaca y náhuatl (tolteca-azteca) del altiplano central de México, para sólo nombrar los focos principales.

¹ El texto que aquí publicamos en homenaje al autor es la Introducción de su libro, *Los antiguos mexicanos a través de sus crónicas y cantares*, publicado en 1961.



Nuestro interés es acercarnos a lo que aquí llamaremos *México Antiguo*, o sea, principalmente la zona central de la actual República Mexicana, en la que florecieron en diversas épocas centros tan importantes como Teotihuacán, Tula, Cholula, Culhuacán, Azcapotzalco, Texcoco, Tlaxcala y México-Tenochtitlan. Poseedores los antiguos mexicanos de conciencia histórica, como lo prueban sus códices y tradiciones, serán fundamentalmente sus propios testimonios los que guiarán este acercamiento a su pasado cultural. Dichos testimonios se conservan en el idioma hablado por los aztecas y sus varios precursores, o sea el *náhuatl*, conocido también como “mexicano” o “azteca”.

Los otros pueblos no nahuas, como los otomíes, habitaron y habitan aún lugares situados en la zona central de México. Pero sometidos entonces en diversos grados a los nahuas, no cabe la menor duda que fueron éstos –al menos desde los tiempos toltecas– los creadores de formas superiores de cultura en el México Antiguo. Son precisamente los testimonios de los antiguos mexicanos de lengua y cultura náhuatl los que hacen posible el tema del presente estudio: descubrir a través de sus textos, su propia imagen cultural.

Mas, para situar este trabajo dentro de la historiografía acerca del México Antiguo, convendrá recordar al menos en forma sumaria los principales intentos europeos de



forjarse una imagen de la vida cultural prehispánica, desde los primeros tiempos de la Conquista.

Llegados los españoles, el jueves santo de 1519 a Chalchiuhcuecan, que llamaron San Juan de Ulúa, en las costas de Veracruz, la realidad cultural que fue saliendo a su paso despertó desde luego su curiosidad y admiración. El 8 de noviembre de 1519 contemplaron Hernán Cortés y su gente por vez primera el corazón del México Antiguo: el valle con sus lagos y la gran ciudad de México-Tenochtitlan. El estupor que esta vista les produjo, los hizo concebir la primera imagen, visión asombrada, del México Antiguo. El pintoresco Bernal Díaz del Castillo tipifica, mejor que nadie, el asombro característico de esta primera imagen europea del antiguo Anáhuac:

Y desde que vimos tantas ciudades y villas pobladas en el agua, y en tierra firme otras grandes poblaciones, y aquella calzada tan derecha y por nivel cómo iba a México, nos quedamos admirados, y decíamos que parecía a las cosas de encantamiento que cuentan en el libro de Amadis, por las grandes torres y cúes y edificios que tenían dentro en el agua, y todos de calicanto, y aun algunos de nuestros soldados decían que si aquello que veían si era entre sueños, y no es de maravillar que yo escriba aquí de esta manera, porque hay mucho que ponderar en ello que no sé como lo cuente: ver cosas nunca oídas, ni aun soñadas, como veíamos.²



² Díaz del Castillo, Bernal, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, 2 vols., Editorial Porrúa, México, 1955, T. I, p. 260.



A esta primera categoría de “visiones asombradas” del México Antiguo siguieron pronto otra gran variedad de imágenes. Unas se debieron a los primeros misioneros, otras a oficiales de la Corona o viajeros ilustres. Descendientes de la antigua nobleza indígena, mestizos y criollos consignaron asimismo sus propias ideas acerca de la antigua cultura. Cambiando los puntos de vista, variaban también las imágenes y concepciones del México Antiguo. Existe ya un libro escrito por Luis Villoro, *Los grandes momentos del indigenismo en México*, acerca de esos puntos de vista que hicieron posibles las imágenes aparecidas durante casi cuatro siglos y medio, a partir de la Conquista. Aquí mencionaremos sólo las más importantes.³

Tras la “visión asombrada” de los conquistadores, surgieron las “imágenes cristianizantes” de algunos misioneros que, como Motolinía y Mendieta, veían en la religión y otras instituciones indígenas la obra del demonio. Mas a su lado también existió la “imagen apologética” de Las Casas, así como la “visión integral”, auténtica etnografía de Fray Bernardino de Sahagún.

Durante la segunda mitad del siglo XVI comienzan a aparecer otro tipo de imágenes europeas del antiguo mundo indígena. El precursor de este tipo de obras había sido el célebre literato italiano Pedro Mártir de Anglería. Pero las tres grandes síntesis, de carácter más bien informativo, consecuencia de relaciones, cartas y documentos que se iban reuniendo en España, se deben a los cronistas reales Oviedo y Herrera, así como al célebre jesuita José de Acosta.

En México mismo, especialmente a principios del XVII, varios indígenas o mestizos como don Fernando Alvarado Tezozómoc, Chimalplain e Ixtlilxóchitl, descendientes de la

antigua nobleza indígena, escribieron en idioma náhuatl o castellano sus propias historias, basadas principalmente en documentos de procedencia prehispánica. Imbuidos ya en la manera europea de escribir la historia, sus imágenes del mundo antiguo pueden describirse, no obstante, como los primeros intentos indígenas de defender ante el mundo español sus tradiciones e historia. Desde un punto de vista distinto, don Carlos de Sigüenza y Góngora, investigador y coleccionista de documentos indígenas, ofrece asimismo atisbos que, si son incompletos, resultan sumamente valiosos.

El siglo XVIII, que contempló el descubrimiento de las dos esculturas aztecas más extraordinarias: la Piedra del Sol y la *Coatlicue*, iba a ofrecer descripciones contradictorias de la antigua cultura. Por una parte, imágenes detractoras como la del prusiano Paw, según el cual los indígenas, entre otros defectos, “sólo sabían contar hasta el número tres”. Por otra, las primeras “imágenes mexicanistas”, ejemplificadas en las obras de Clavijero, Márquez y Veytia, que comienzan a dar conciencia a México de su pasado prehispánico, y a difundir simultáneamente su conocimiento en el Viejo Mundo. El caballero Lorenzo Boturini ensayó también por ese tiempo una primera “imagen filosófica”, aplicando al estudio de México precolombino las categorías de la *Ciencia* nueva de Juan Bautista Vico.

Más cercanas a nosotros, durante el siglo pasado, aparecen las primeras visiones o imágenes “científicas” del México Antiguo. El Barón de Humboldt había presentado al mundo entero lo que podría llamarse una “imagen romántica” de las costumbres e instituciones de los que llamó “pueblos semi-bárbaros”, cuya cultura guardaba, a su juicio, muy estrechas semejanzas con la de las civilizaciones del Asia. Alfredo Chavero y Manuel Orozco y Berra en sus respectivas *Historias antiguas de México* dejaron dos grandes síntesis de muy desigual valor. Imbuidos ambos en el *cientificismo* propio de su tiempo, mientras Orozco, más serio y cuidadoso, logró una visión ampliamente informativa, Chavero no escapó paradójicamente a su inclinación a fantasear que se trasluce con frecuencia en lo que él hubiera deseado resultara una historia “positiva” del México indígena.

Nuestro propio siglo, finalmente, cauteloso y crítico, se ha limitado en buena parte, más que a intentar nuevas imágenes del México Antiguo, a estudiar sus fuentes: los códices prehispánicos, los textos indígenas transcritos con el alfabeto castellano y los cada vez más numerosos hallazgos arqueológicos. Filólogos y etnólogos como Paso y Troncoso, Eduard Seler, Pablo González Casanova y Walter Lehmann; arqueólogos como Manuel Gamio, George Vaillant y Alfonso Caso, han sido eminentes en sus respectivos campos, como lo prueban sus excelentes trabajos monográficos.

³ Véase Villoro, Luis, *Los grandes momentos del indigenismo en México*, El Colegio de México, México, 1950.

La existencia de una rica literatura prehispánica, estudiada con un criterio profundamente humanista por el Dr. Ángel Ma. Garibay K., ha venido a revelar nuevas y extraordinarias dimensiones en el pensamiento y la cultura antiguos. Publicando textos indígenas de carácter poético, histórico, religioso, estético, social, etc., ha abierto Garibay el camino para investigaciones incontables.

Con fundamento en su obra, “leyó” Justino Fernández el simbolismo incorporado a la piedra en la colosal *Coatlicue*, expresión plástica de la concepción místico-guerrera de los aztecas. Jacques Soustelle se sirvió también de los trabajos de Garibay en su reconstrucción de la vida cotidiana de los aztecas, “imagen moderna y amena del mundo indígena”. Finalmente, Laurette Séjourné y quien esto escribe han estudiado desde puntos de vista distintos, pero en estrecha vinculación con los textos indígenas, las más antiguas ideas religiosas relacionadas con la figura de Quetzalcóatl y lo que pudiera describirse como pensamiento filosófico del México Antiguo.

El presente libro quiere ser un paso más en el aprovechamiento de la rica documentación indígena. Al lado de una variedad de imágenes del antiguo México, consignadas en las obras de conquistadores y frailes, humanistas y viajeros, historiadores, filólogos y arqueólogos, se quiere dar un esbozo de lo que pudiera llamarse visión indígena de su propia cultura. Evoca de algún modo el presente intento los trabajos de aquellos descendientes de la antigua nobleza nativa que, como Ixtlilxóchitl, Chimalpain y Tezozómoc, escribieron desde el punto de vista indígena. Sólo que mientras ellos, experimentando todavía en carne propia el trauma de la Conquista, se empeñaban en hacer una defensa de su pasado, aquí sólo se pretende, con métodos distintos *re-crear* para el hombre contemporáneo y universal los valores humanos de la antigua forma de vida aprovechando los testimonios dejados por los antiguos mexicanos del altiplano central en sus crónicas y cantares en idioma náhuatl o azteca.⁴

Alejados de todo *cientificismo*, no se busca la imagen “exacta”, fiel reflejo de la realidad que fue. Tal intento sería más bien ingenuidad. Dejando hablar el mayor número de veces posible a los documentos indígenas, a las pinturas de los antiguos códices y a los hallazgos arqueológicos, fuentes todas ellas netamente indígenas, podrá quizás contemplarse algo de la concepción náhuatl prehispánica de la propia cultura.

⁴ El término *náhuatl*, aplicado a la lengua y cultura de los antiguos mexicanos comprende en forma genérica las varias etapas de su desarrollo, al menos desde los tiempos toltecas, hasta la etapa final de los aztecas y de otros señoríos como los de Tlaxcala, Huexotzínco, etc. Por este motivo, al referirnos a instituciones culturales de México Antiguo, como su arte, su historiografía, su sistema educativo, etc., se les aplicará con frecuencia el adjetivo de *náhuatl*, en singular, o de *nahuas* en plural.

Más que obra del autor, cabe decir que la presente imagen del México Antiguo se debe a quienes nos legaron el tesoro documental de las fuentes indígenas: los sabios precolombinos, los maestros de los centros educativos del gran mundo náhuatl, los historiadores indígenas y aquellos que, aprendiendo el alfabeto castellano, transcribieron en su propia lengua los poemas y tradiciones, así como el rico contenido de sus códices. La reiterada presentación de esos testimonios indígenas, preservados en museos y bibliotecas, responde al título dado a este trabajo: *los antiguos mexicanos, a través de sus crónicas y sus cantares*.

Sin descender a detalles nimios, ni pretendiendo dar la historia completa de las diversas instituciones culturales del México Antiguo, se han elegido para reconstruir esta imagen varios rasgos fundamentales: la conciencia indígena de su evolución cultural; el modo como concibieron la tradición y la historia; la actitud de los aztecas, creadores de un misticismo guerrero y la de los seguidores de las antiguas doctrinas de origen tolteca.

Examinando en las fuentes indígenas, lo más elevado de la cultura del México Antiguo, las manifestaciones de su sentido espiritualista, podrá ensayarse la presentación de lo que pudiera llamarse su legado cultural: los diversos valores que aún hoy día pueden encontrar resonancia en el pensamiento de todo ser humano interesado por los problemas del Hombre.

Imagen o visión de una gran cultura, se reflejarán en ella no tanto los hechos escuetos cuanto la interpretación que les dieron los sabios e historiadores nahuas que participaron en ellos. Porque, con matices distintos, pero igualmente humanos, los sabios de Anáhuac, como los de Grecia, supieron también contemplar al mundo y al hombre, creador de cultura, ligando por el simbolismo de las flores y los cantos “lo que existe sobre la tierra” con el mundo misterioso de los dioses y los muertos. De lo que fue su visión maravillosa, casi mágica, el presente libro será tan sólo un trasunto: afanoso intento de repetir “las palabras verdaderas” que dejaron dichas los sabios antiguos. ☒

Miguel León Portilla (México, 1926-2019). Historiador y antropólogo mexicano. Estudió en la Universidad de Loyola, en Los Ángeles, California, donde obtuvo un grado en artes en 1951. En 1956 recibió el doctorado en filosofía por la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Entre 1955 y 1963 desempeñó los cargos de subdirector y director del Instituto Nacional Indigenista Interamericano. Desde 1963 y durante más de una década fue director del Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM y entre 1974 y 1975 fue nombrado cronista de la Ciudad de México. En 1959 ingresó a la Academia Nacional de Ciencias de Estados Unidos en el área especial de antropología e historia. Como antropólogo, historiador, filólogo y filósofo, Miguel León Portilla centró su interés en los pueblos del México prehispánico. Su vasta obra recoge y estudia las creencias, las tradiciones y el pensamiento de estas culturas. Entre sus libros más importantes cabe destacar *La filosofía náhuatl* (1956), *La visión de los vencidos* (1959), *Los antiguos mexicanos a través de sus crónicas y cantares* (1961), *El reverso de la Conquista* (1964), *Trece poetas del mundo azteca* (1967), *Literaturas indígenas de México* (1992) y *Quince poetas del mundo náhuatl* (1994).